

Jugó "el juego de la ventana". Una leyenda urbana, que consistía en llamar un ser sobrenatural a base de un ritual bastante sencillo, sin embargo, el en su lugar llevó a cabo una variante que leyó por internet.

«Si frente a tu ventana hay un árbol (del tipo que sea), debes cerrarla y abrirla tres veces antes de dormir durante el mes de octubre, con algo de éxito verás algo impresionante entre los días 31 a 4 de noviembre.»

Era un chico racional, para él no tenía pies ni cabeza, pero, le ganaba la curiosidad, era más el deseo de intentar algo por el mero hecho de echarlo abajo y poder presumir de gallardía al poner en práctica un juego que según comentarios del mismo sitio, podía ser mortal.

Así pues, realizó el ritual frente en su ventana, frente al cual se hallaba un árbol de gran altura, largo y espeso, ondeando sus hojas con fuerza cada que el viento daba imponentes soplos, y él miraba al árbol, se zangoloteaba violentamente cada vez más cada noche que iba cerrando la ventana, como si un presagio le instara a dejar de intentarlo, pero él se mantuvo férreo a su decisión de llamar a aquello que aparece al llevar a cabo el ritual.

Cielo despejado, la luna llena colgaba serena en el cielo, 4 de noviembre marcaba el calendario, por fin la fecha acordada, los días anteriores no había pasado nada, así que él tranquilo se enredó en las cobijas y echó el sueño sin más preocupaciones, ya había demostrado que eran puro cuento esos comentarios y esas historias de la web, hasta que...

¡TÚM-TÚM-TÚM! Golpes repetidos a la ventana, tres, solo tres, perfectamente audibles que resonaron dentro de la alcoba. El corazón le vacilaba en el pecho, levantó la cabeza pero no había nada, solo el árbol ondeando las ramas de lado a lado tenebrosamente, mas no hubo ningún extrañío ni nada parecido. En el pecho tenía un potro que iba iniciando la carrera, si por casualidad...

¡TÚM-TÚM-TÚM-TÚM!

Palideció por completo, a penas había despegado la mirada de la ventana cuando de nueva cuenta sonaron los golpes, esta vez, no le quitó los ojos de encima, miró el marco con la aterradora figura del árbol como garras que se acercaban a abrir la ventana, el viento causaba azotes a la puerta, y él, sin saber que hacer se cubría con la manta ante la amenaza invisible, se apretujó en si mismo esperando que se detuviera, temblando aterrado, incapaz de levantarse a encender la luz, solo viendo, viendo las ramas que jugaban con su valentía.

Solo luna, sin más luz, veía las hojas bañadas en plata bailando sobre la torcida mano macabra que empujaba el viento gélido, el frío espantoso se le inyectó entre las mantas, ya no sabía si temblaba de miedo o de frío, y justo cuando se tapó al completo para los pómulos de la cara no sintieran más punzadas

¡TÚM-TÚM-TÚM-TÚM!

Era demasiado, demasiada coincidencia, demasiado, demasiado, demasiado. Estaba que casi vomitaba el corazón, ya no podía, no contuvo más las lágrimas amargas, pensó en su destino cruel, en la rabia de no poder hacer nada, en que su vida terminaría por culpa de un juego absurdo, en todo.

Y luego recordó, en un destello fugaz:

«...por mucho que veas, por mucho que oigas, por mucho que huelas, sientas o percibas, hagas lo que hagas no te levantes de tu cama, tienes que quedarte ahí entre las cobijas, o por lo menos no poner un pie fuera de ella, si lo haces, no hay garantía de que tu vida continúe, ten mucho cuidado.»

Solo tenía que esperar en su cama y ya, solo eso, por muy asustado que estuviera solo tenía que permanecer dentro de su cama y ya está. Sin embargo, era demasiado fácil decirlo, quedarse ahí.

Asomó un ojo por entre las sábanas, y luego, ya no había árbol sino un manto cristalino, hecho de los suspiros del diablo, o lo que fuera que estuviese torturándolo, cubrió la ventana, y él vió, por un instante, la figura espectral de las manos empujando el cristal que se iba deformando en un carambano plateado, que iba adelante y regresó...

Llegó el día con su sol radiante y con una brisa helada invitando al invierno sin dejar de ser otoño, y en la cama del joven un charco, uno que le recordaría de por

vida que no todos los juegos han de ser para cualquiera, ni divertidos.